LA UNIÓN MÍSTICA CON DIOS

La santidad al alcance de todos

Antonio Royo Marín, O.P.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN. 84-7770-110-1
Depósito legal: M. 16.027-2006
Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Impreso en España / Printed in Spain

AL LECTOR

El presente folleto contiene el texto íntegro de una conferencia dada por el autor a las monjas carmelitas de Alcalá de Henares en un día de retiro espiritual (16 de diciembre de 1996). La conferencia fue grabada en una «cassete»; pero al transcribirla para su publicación, ha experimentado algunos retoques, indispensables para adaptarla un poco a la palabra escrita, tan diferente de la palabra hablada. Ello ha obligado también a suprimir algunas cosas menos importantes y explicar mejor algunas otras para ponerlo todo más claro; pero, substancialmente, se ha recogido todo lo fundamental expuesto en aquella conferencia de Alcalá.

Quiera la Virgen María bendiga estas pobres páginas para mayor gloria de Dios y santificación de las almas, especialmente las que se han entregado por completo a Dios en la vida contemplativa de clausura.

Fray Antonio Royo Marín, O.P.

La santidad al alcance de todos

Vamos a comenzar invocando al Espíritu Santo, que sin Él no podemos nada:

Veni Sancti Spiritus...
Emitte Spiritum tuum et creabuntur...
Ave Maria...
Regina Decor Carmeli, ora pro nobis.
San José, ruega por nosotros.
Santa Teresa de Jesús, ruega por nosotros.
Santa Teresita del Niño Jesús, ruega por nosotros.
San Juan de la Cruz, ruega por nosotros.
Sor Isabel de la Trinidad, ruega por nosotros.

En esta conferencia les voy a hablar de la vida contemplativa y de cómo crece y se desarrolla hasta alcanzar la cumbre

de la santidad, o el grado de perfección cristiana al que Dios nos tenga predestinado a cada uno desde toda la eternidad.

Para proceder con orden, claridad y precisión, hay que empezar hablando de la gracia de Dios, que es el principio básico y fundamental de toda la vida cristiana. Pues vamos a empezar por ella.

LA GRACIA DE DIOS

¿Qué es eso de la gracia de Dios? El catecismo nos da una definición muy clara y expresiva. Propiamente la naturaleza íntima de la gracia no sabemos lo que es, porque es una maravilla tan grande, hay cosas tan inefables que no se pueden expresar, como dicen los místicos. Pero de alguna manera los teólogos han encontrado una definición que es bastante aproximada para lo que nosotros podemos saber. Y dice el catecismo: «Es un ser

divino que nos hace hijos de Dios, y herederos de la gloria». Eso es la gracia. Un ser. También las piedras son seres, pero la gracia tiene de particular que es un ser divino, que es divina.

Ahora bien: si a un niño de catecismo le preguntamos ¿cuántos seres divinos hay?, si está bien informado dirá sin vacilar: seres divinos no hay más que uno, que es Dios.

¡Ah!, pues si decimos que la gracia es un ser divino, parece que deberíamos decir que la gracia es el mismo Dios. Y eso es una herejía. No, la gracia no es el mismo Dios. Entonces, ¿por qué decimos que la gracia es un ser divino? Ahí esta lo misterioso que decía antes, que no podemos explicar. Pero de alguna manera se puede poner incluso algún ejemplo, que hable un poco a nuestra imaginación. Y el más exacto es el que ponen Santo Tomás

y los grandes místicos, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc.: es el fuego que se apodera de un hierro y lo pone incandescente, y lo transforma en fuego y lo hace fuego, pero sin que deje de ser hierro. Éste no pierde nunca su propia naturaleza; si perdiese su propia naturaleza, adscrita a la del fuego, entonces tendríamos panteísmo, y esto es herético, no puede ser. El ser divinizado conserva siempre su propia naturaleza, sin perderla jamás.

En la canción 39 del «Cántico Espiritual», San Juan de la Cruz dice que en la unión con Dios trasformativa el alma se convierte, por el amor, en las tres divinas Personas, pero nunca pierde su ser natural. Es así, hay que decirlo así. Pero la gracia nos diviniza, en cuanto que nos da una verdadera participación de la naturaleza misma de Dios.

Voy a ponerles un ejemplo sencillo y muy claro.

Un escultor esculpe un pedazo de madera, o de mármol y saca una estatua. Imagínense, por ejemplo, que representa a un hijo suyo; y ha hecho una maravilla tan grande que cualquiera que vea esa imagen diga: «¡oh!, ¡el hijo del escultor, cómo lo ha logrado! es una maravilla». Es una imagen perfecta del hijo, pero ¿se podría decir que el escultor es el padre de esa imagen? ¡No! Es el autor de esa imagen, pero no el padre. Porque para ser padre hace falta transmitir la propia naturaleza, y como no le ha transmitido la propia naturaleza (porque la estatua continua siendo un trozo de barro, o de madera o de piedra), resulta que es el autor de esa imagen, pero no el padre.

Para ser padre hay que transmitir la propia naturaleza. Pues éste es el misterio

sublime de la gracia. Con la gracia Dios nos hace participar de su propia naturaleza divina, y por eso nos hace hijos suyos y herederos de la gloria. Porque la herencia es lo propio de los hijos.

La gracia es un ser divino, una participación misteriosa pero realísima de la misma naturaleza de Dios, que nos hace auténticamente hijos de Dios y herederos de la gloria. Por encima de la gracia no hay nada más. La visión beatífica es la gracia en su última expansión, pero dentro de su mismo orden. La visión beatífica nos dará una participación de la naturaleza de Dios más íntima todavía, más profunda, nos meteremos más hondamente dentro de Dios. Pero seguirá siendo del «mismo metal» que la gracia, como diría Santa Teresa.

La gracia se nos infunde como una semilla en la esencia de nuestra alma.

¡Qué maravilla es la gracia...!

La gracia se nos infunde como una semilla en la esencia misma de nuestra alma. Nuestra alma es una maravilla también. Aun en el orden natural nuestra alma, además de su propia esencia, tiene dos facultades espirituales: el entendimiento y la voluntad. Y en eso somos también semejantes a Dios. Dios nos ha hecho semejantes a Él, porque nos ha dado entendimiento y voluntad, aunque Él las posee en grado infinito y personificadas en el Hijo y en el Espíritu Santo.

El entendimiento produce las ideas, y la voluntad produce el amor. Y no tenemos más. La memoria es el entendimiento recordando las cosas pasadas.

Pues bien, esas facultades no están en la esencia del alma. En la esencia del alma sólo está la gracia, la gracia en cuanto tal. El entendimiento y la voluntad están en el

alma como potencias distintas de la propia esencia.

El Señor ha sembrado la gracia en nuestras almas el día del bautismo, que es el día más grande de nuestra vida, mucho más que el día de la profesión religiosa, mucho más que el día de la ordenación sacerdotal, sin comparación. El día más grande de un cristiano es el día del bautismo, aquel día dimos el salto al infinito, aquel día nos infundieron la gracia, nos hicieron hijos de Dios y herederos de la gloria. Todo arranca del bautismo.

Deberíamos celebrar el aniversario de nuestro bautismo, más que el de nuestro nacimiento o de nuestro santo, lo que no está mal, pero sobre todo el día de nuestro bautismo, que es el día más grande de nuestra vida.

San Vicente Ferrer, el aniversario de su bautismo, cantaba solemnemente la misa de acción de gracias, y si estaba en Valencia, él era de Valencia y le habían bautizado allí, iba a la iglesia donde le habían bautizado, y de rodillas besaba la pila bautismal donde le habían hecho hijo de Dios y heredero de la gloria. Era el día más grande de la vida de San Vicente Ferrer.

LAS VIRTUDES INFUSAS

El día del bautismo, juntamente con la gracia en la esencia de nuestra alma, se nos infunden las virtudes infusas en el entendimiento y en la voluntad. Algunas en el entendimiento, otras en la voluntad. ¿Qué son esas virtudes infusas?

Miren, hay también virtudes adquiridas. Un pecador, aunque esté en pecado mortal, puede realizar y realiza alguna buena obra. No se puede decir de un peca-

dor que todo lo que hace es pecado, no. Muchas veces son gente honrada, gente buena, que tienen compasión de los que sufren y realizan muchas cosas al servicio de los demás, etc. En fin pueden practicar alguna virtud natural, o adquiridas. Pero esas virtudes adquiridas, puramente naturales, no están en el orden sobrenatural, no valen para la vida eterna: son de «otro metal», no circulan en los bancos del cielo.

Las virtudes infusas están mil veces por encima de lo puramente natural, valen para la vida eterna, las infunde Dios. Y precisamente porque las infunde Dios, se llaman infusas. Las infunde Dios porque nosotros no podemos adquirirlas. Nosotros podemos adquirir las virtudes adquiridas, que son naturales, esas sí. Pero las infusas no, esas nos llueven del cielo, nos las da Dios. En el día del bautismo nos infunde en el entendimiento y en la voluntad las virtu-

des infusas en forma de semillas, que habrán de crecer y desarrollarse a todo lo largo de la vida cristiana.

¿Cuántas son las virtudes infusas? Se dividen en dos grandes grupos:

El primer grupo, que está muy por encima del otro, lo forman las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad.

El segundo grupo está formado por las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y todas sus satélites y derivadas que son muchas; tantas, que Santo Tomás de Aquino, en la Suma Teológica, estudia cincuenta y tantas. Me parece que son cincuenta y cuatro. Todas esas las tenemos infusas en el alma. Menos no, porque Santo Tomás las describe una por una, con todo detalle; puede ser que tengamos incluso alguna más, y que una introspección psicológica más profunda descubriese alguna más, pero menos no.

¿Entonces en qué se distinguen las virtudes teologales de las virtudes cardinales, y éstas de sus derivadas o satélites? Veámoslo.

Las virtudes teologales

Las tres virtudes teologales están muy por encima de las cuatro cardinales y de todas las derivadas, porque tienen por objeto, directo e inmediato, a Dios en sí mismo, no a los medios distintos de Él.

La fe nos da el conocimiento sobrenatural de Dios y sus misterios.

La esperanza nos hace desear a Dios como nuestro fin último sobrenatural.

La caridad nos hace amar a Dios por ser Él quien es: «Aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera».

Eso es precisamente la caridad, amar a Dios por ser quién es, y por eso es la

reina de todas las virtudes. Es de oro, las otras dos teologales son de plata, y las demás serán de bronce o de lo que sea, pero de oro no hay mas que una, que es la caridad. Tanto es así, que entra en la definición misma de la santidad,... ¿En qué consiste la santidad?: «en la perfección de la caridad», contesta Santo Tomás de Aquino, y así es en verdad.

El que es perfecto en la caridad ese es santo, en toda la extensión de la palabra. Es la reina de las virtudes. Es como una varita mágica, que todo lo que toca lo transforma en oro. Todo lo que toca la caridad, todo lo que se hace por amor de Dios, es oro, todo, hasta la cosa más insignificante, hasta las cosas de la cocina: «entre pucheros anda Dios» como decía Santa Teresa. Cualquier cosita que se hace por amor de Dios, es de oro, es la única virtud de oro. La fe y la esperanza

son de plata, aunque son muy buenas también. ¿En qué se distinguen las tres?

La fe nos da el conocimiento de Dios, y la esperanza nos hace desear a Dios, pero no por ser Él quien es, sino porque Él va a ser nuestra felicidad eterna. En la esperanza hay un poco de egoísmo, ya nos metemos nosotros; en cambio, en la caridad no hay ningún egoísmo, «aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera». Eso es la caridad, la que ama a Dios por ser Él quien es, aunque no nos reportara a nosotros ningún premio ni beneficio.

Las virtudes cardinales

Luego vienen las virtudes cardinales, que son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. No tienen por objeto a Dios, sino los medios que ayudan a practicar mejor las virtudes teologales.

Están todas ellas al servicio de la caridad, ¡todas! La prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza y todas sus derivadas están al servicio de la caridad, para empujar la caridad, para que la caridad sea más perfecta, para que no se nos desmorone ni por la derecha ni por la izquierda, para ayudar a la caridad. Cada una de esas virtudes tiene relación con los medios y no con el fin que es Dios, el fin lo tienen las virtudes teologales.

Las virtudes satélites

Cada una de las virtudes cardinales tiene unas cuantas «lunas», como satélites que andan dando vueltas alrededor de ellas, y esas son un montón: la pobreza, la obediencia, la castidad, la humildad, la magnanimidad, etc., etc., hasta cincuenta y tantas. Son virtudes derivadas o satélites, que andan dando vueltas alrededor de

la cardinal correspondiente. Cada cardinal tiene su grupito, que va gobernando desde su cardinalidad.

¿Cómo funcionan? Un ejemplo muy claro. Todas las virtudes, las teologales, las cardinales, y todas sus derivadas, todas las cincuenta y tantas, podemos imaginar que son como un piano. Un piano que tiene cincuenta y cuatro teclas. Y resulta que ese piano con cincuenta y cuatro teclas, Dios Nuestro Señor nos lo pone dentro de nosotros en nuestra propia alma, para que lo manejemos nosotros, para que lo toquemos nosotros mismos aunque siempre bajo el influjo de una gracia actual, sin la cual no podemos hacer nada. Sin el previo empuje de una gracia actual no podemos ni siquiera pronunciar, de manera que nos valga para nada, el nombre de Jesús, lo dice San Pablo. De manera que necesitamos siempre el

empuje de una gracia actual. Pero esa gracia actual el Señor nos la ofrece continuamente como el aire para respirar. El aire para respirar lo tenemos siempre a nuestra disposición, siempre está a nuestra disposición esa gracia actual para que nosotros podamos tocar el piano de las cincuenta y cuatro virtudes infusas. Podemos tocarlo, y ahora mismo, si yo quiero, puedo decir:

«Dios mío, creo en ti», acabo de hacer un acto de fe;

«Dios mío, espero en ti», un acto de esperanza;

«Dios mío te amo con todo mi corazón», un acto de caridad.

Está a nuestra disposición, como el aire para respirar. Pero fíjense bien, precisamente porque lo manejamos nosotros, las teclas son divinas, son infusas, pero el teclista, el pianista ¡ay!, las hace desafinar

muchísimas veces. ¿Por qué? Porque las infunde su modo humano y dice: «hasta cierto punto si», «con tal que no me pidan demasiada mortificación», «con tal que, con tal que, con tal,...». Resultado: No sale casi nada perfecto, sale casi todo humanizado y desafinado.

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Todo esto lo tenía perfectamente previsto el Espíritu Santo. Pensó: «el piano que les voy a dar es magnífico, pero me lo van a manejar mal, y van a salir las cosas mal, o por lo menos, con muchísimas imperfecciones». ¿Cómo voy a arreglar esto? Entonces nos mete en el alma otra cosa, además del piano: una lira, un arpa. Pero un arpa que no tiene más que siete cuerdas, que son los siete dones del Espíritu Santo.

Y precisamente, como las virtudes principales son siete, ya se lo he explica-

do antes, vean qué lógico es todo, son siete las virtudes principales: tres teologales y cuatro cardinales. Hay siete dones del Espíritu Santo, y cada uno de los dones se encarga de perfeccionar una de esas siete virtudes, infundiéndolas la modalidad divina del Espíritu Santo. Ya no es el pianista el que toca las virtudes infusas, sino que es el Espíritu Santo a través de los dones. Y como la lira, como el arpa es divina, y además el artista que la maneja es el Espíritu Santo, sale una melodía maravillosa. Las obras heroicas de los santos salen de los dones del Espíritu Santo, y por eso sin estos no hay verdadera santidad.

Antes de que actúen los dones del Espíritu Santo tenemos lo que se llama ascética. La mística comienza cuando empiezan a actuar predominantemente los dones del Espíritu Santo. Antes de que

empiecen a actuar plenamente, estamos en mera ascética. Y para decirlo en lenguaje teresiano: estamos llegando a «las terceras moradas». La mística empieza en la cuarta morada, lo dice Santa Teresa: «empiezan a ser cosas sobrenaturales», así empieza la cuarta morada. Y en su relación al Padre Álvarez dice: «Sobrenatural llamo yo a lo que ni con industria ni diligencia se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque disponerse para ello sí, y debe hacer mucho al caso». Pero, ¿producirlo nosotros?, sólo el Espíritu Santo», nadie más.

La persona en la que no estén actuando de lleno los dones del Espíritu Santo sobre las virtudes infusas, estará, a lo sumo, en la «tercera morada» de Santa Teresa; pero hasta la séptima calculen ustedes lo que le falta. Eso ya tiene que ser obra del Espíritu Santo y sus dones.

El don de sabiduría

¿Cómo empiezan a actuar los dones? Miren Uds., el don más perfecto es el don de sabiduría. Sabiduría no significa solamente saber, sino también sabor. Nos hace saborear a Dios. ¿A qué sabe Dios? Nos lo dice el don de sabiduría. Y actúa sobre la caridad, dándonos un acto de amor de Dios tan perfecto, tan suave, tan sabroso, que nos hace experimentar a Dios. El alma nota que tiene a Dios dentro de ella, y se lo hace saborear; este es el don de sabiduría. Perfecciona la virtud de la caridad de una manera tremenda, inefable, calculen Uds., dándonos la experiencia de Dios, haciéndonoslo saborear, dándonos a sentir a qué sabe Dios. Es el cielo que comienza acá en la tierra.

El don de entendimiento

¿Y la fe? La fe nos habla de Dios, nos da el conocimiento de las cosas

sobrenaturales; pero cuando actúa el don de entendimiento, nos hace penetrar de una manera tan profunda en los misterios de la fe, que casi nos los hace ver con los ojos del alma. Santo Tomás era muy grande como teólogo, pero sin el don de entendimiento, que lo tenía en grado superlativo, hubiera sido intelectualmente un pobre hombre, como todos los demás.

El don de ciencia

La esperanza, está relacionada con el don de ciencia, que nos hace ver a Dios en todas las cosas, y nos hace ver que Dios es el fin a que nos deben conducir todas las cosas. Los santos ven a Dios en todas las cosas, en la hormiguita, en el pajarito, en todo. Ése es el don de ciencia que nos hace ver a Dios en todas las cosas, sobre todo en el prójimo: «a mí me lo hiciste». Nos hace ver a Dios en el prójimo.

El don de consejo

Perfecciona la virtud de la prudencia, resolviendo con infalible seguridad y acierto multitud de situaciones difíciles e imprevistas (Cura de Ars).

El don de piedad

Nos hace ver a Dios ante todo como Padre (es la virtud filial por excelencia). Aquella ternura de Santa Teresita, que lloraba de emoción y ternura cuando pensaba que era hija de Dios, procedía del don de piedad, que es mucho más profundo que la virtud del mismo nombre a la que perfecciona inmensamente.

El don de fortaleza

Perfecciona la virtud cardinal del mismo nombre, llevándola hasta el heroísmo de los grandes santos. Aquella fortaleza sublime que mostraban los mártires

en medio de los tormentos de su martirio (recuérdese, por ejemplo, a San Lorenzo asándose en la parrilla) no puede explicarse humanamente más que con la actuación intensa del don de fortaleza que les daba aquella energía sobrehumana.

El don de temor de Dios

En fin, aquel temor extraordinario, que tenía incluso Santa Teresa (se le espeluznaban sus cabellos de pensar que podía ofender a Dios) venía del don de temor, sin duda alguna.

O sea, que los dones del Espíritu Santo, perfeccionando las virtudes infusas, arrancan del alma unas virtudes heroicas, que constituyen las vidas de los santos, y constituyen la mística. Ahí comienza la cuarta morada. ¡Pero desde la cuarta hasta la séptima queda todavía mucho por decir!

Hay que ir recorriendo, uno a uno, los distintos grados místicos de oración, que Santa Teresa expone como nadie en su inmortal libro del «Castillo interior» o «Las moradas», a partir de la cuarta. Vamos a recordarlos brevemente.

LOS GRADOS DE ORACIÓN

Los grados de oración los explicó Santa Teresa mejor que nadie, incluso mejor que San Juan de la Cruz. Empieza en la cuarta morada, con el primer grado de oración místico o infuso, que es el recogimiento infuso. Esto que algunos llaman «contemplación adquirida». La contemplación adquirida yo no tengo inconveniente en admitirla, pero como un tránsito a la infusa. Si no pasa de ahí, ¡ay Dios mío!, contemplación adquirida, ¿una cosa adquirida por nosotros? Pues estamos en plena ascesis todavía: nada de mística.

Estamos todavía sin la plena actuación de los dones del Espíritu Santo, o actuando de una manera muy leve todavía. Santa Teresa y San Juan de la Cruz jamás emplean la expresión «contemplación adquirida», ¡jamás! Ellos hablan siempre de la infusa, de la infusa por Dios. La contemplación de que hablan Santa Teresa y San Juan de la Cruz, es la contemplación infusa, no la adquirida. Y esa contemplación infusa empieza por el recogimiento infuso. Hay almas que, sin saber porqué, a medida que se van acostumbrando a tener oración se sienten como llamadas hacia lo interior, hacia el recogimiento, hacia un recogimiento profundo.

El don de entendimiento le sugería a Santa Teresa esos ejemplitos que lo explican todo maravillosamente. Dice ella que así como un erizo, cuando se le toca, se esconde dentro del caparazón, así el alma

parece como que se esconde dentro de sí misma. Y sin esfuerzo ni violencia ninguna, el alma va sintiendo que necesita recogimiento, y casi sin darse cuenta se le cierran hasta los ojos. No queda dormida, no, no; pero queda dormida a lo divino, por que empieza un recogimiento profundo, y siente a Dios en sí misma de una manera tan clara, que a medida que aquello se va perfeccionando, a medida que se va aquietando, que se va moviendo menos, aquel recogimiento infuso pasa al siguiente grado, que se llama quietud.

La quietud es una oración ya estrictamente contemplativa. Ahí sí que actúan ya los dones del Espíritu Santo de una manera clarísima. Y esa quietud ya lo dice la palabra les da una quietud y un sosiego tan grandes, se encuentran tan bien, que ni respirar, decía Santa Teresa, «ni respirar quisiera», para que no se le escape

aquello. Porque nota dentro de sí, no sé qué, pero se trata de una cosa tan dulce, tan entrañable, que: ay, ay, ay; quisiera contener hasta la respiración, para que no se le escape nada. ¡Pobrecita!, si no lo has podido conseguir por tu cuenta, sino que te lo da Dios, lo tendrás todo el tiempo que Dios quiera que lo tengas, pero no lo tendrás ni un minuto más de lo que Dios quiera. No lo podrás producir tú, lo que Dios quiera nada más. Lo que tienes que hacer es estarte quietecita, no alborotar, procura mantenerte recogida íntimamente, y sabrás a qué sabe Dios.

Pero cuando esa quietud se intensifica, (ya les diré de qué manera se tiene que intensificar, ahora estoy explicando sólo el panorama, después diré de qué manera se tiene que intensificar) pasa a eso que llamamos la oración de unión. La oración de quietud es la unión, sobre todo, de la

voluntad con Dios. Pero todavía el entendimiento en la misma oración de quietud a veces se distrae, va de aquí para allá, de aquí para allá. Pero llega la oración de unión, y llega un momento en que no solamente la voluntad, sino el mismo entendimiento está de tal manera cautivo de esa acción del Espíritu Santo, que ya no se distrae, y pasa una hora de oración sin haberse distraído ni una sola vez, y sin haber hecho ningún esfuerzo. Porque esa oración contemplativa, es cada vez es más alta, pero cada vez más sencilla y menos alborotadora.

Lo cierto es que cuando llega la oración de unión, ¡oh!, aquello sí que es una cosa maravillosa, aquello ya es el cielo que comienza; y con una tranquilidad, con una paz, con un sosiego, sin hacer ningún esfuerzo, cada vez con menos esfuerzo, porque si hacen algún esfuerzo para quererla

aumentar es entonces cuando lo echan todo a perder. Unas poquitas pajitas que pongamos por nuestra cuenta, dice Santa Teresa, serán mejor que si echásemos mucha leña, que la ahogaríamos en un punto, la ahogaríamos en vez de incrementarla.

Tranquilidad, sosiego, cada vez más íntimamente unidas a Dios, y ya diré de qué manera, enseguida lo diré. Y esa oración va subiendo, subiendo, subiendo, ya estamos en la quinta morada, rozando la sexta morada. Esa oración de unión ya es canonizable. Un alma que haya llegado a la oración de unión es canonizable. Será canonizada o no será canonizada, eso ya es otra cuestión, pero ha llegado a un grado de oración suficientemente grande como para ser canonizada por la Iglesia, al menos como santo de segunda categoría, porque hay muchas categorías entre los mismos santos canonizados.

¡Ah!, pero la oración de unión llega a tal punto, que el alma está verdaderamente embriagada de Dios. La palabra que más me gusta a mí, es embriaguez, pues tiene una auténtica borrachera de Dios, una embriaguez divina, tremenda. Llega un momento en que no solamente el alma, sino que el pobre cuerpo no lo puede resistir, no lo resiste el cuerpo, y entonces sufre una especie de desvanecimiento, y ese desvanecimiento que sufre es el éxtasis, la unión extática, el éxtasis, que está dentro de la corriente normal de la gracia santificante.

El éxtasis no es un milagro, el éxtasis no es una gracia gratis dada, el éxtasis no es como las llagas, que esas sí que son un milagro, son una gracia gratis dada. El éxtasis entra dentro de la corriente normal del desarrollo de la gracia santificante, y la persona que tenga oración de unión, si se

sosiega un poquito, llegará un momento en que sentirá ese desfallecimiento del cuerpo, no lo resistirá, pues el cielo no se resiste en este mundo, y caerá en éxtasis. Santa Teresa a veces se recostaba un poquitín junto a la pared al caer en éxtasis.

¡Ah!, qué cosa más hermosa la que contempló el padre Báñez, dominico, que hizo tanto para que siguiese adelante el Carmelo de Santa Teresa, que sin él, en Ávila se hubiera hundido el Carmelo teresiano. Resulta que estando en Salamanca, dando una plática a las carmelitas, estaba Santa Teresa presente. Y hablando el P. Báñez, como él sabía hablar de Dios, Santa Teresa se recostó un poquito en la pared, pues estaba sentada la última en el locutorio; y una de las monjas que estaba allí presente dio testimonio de eso diciendo: «y como el padre Maestro Domingo Báñez, vio que la Madre se había queda-